

Amar a Jesús y ser su amigo

Juan 15:13-15

Alain-Didier SCHRAB

biblicom.org

Índice

1 - ¿Cómo ser amigo de Jesús, cómo amar a Jesús?	3
2 - Lucas 7:38	4
3 - Mateo 6:24	5
4 - Juan 14:21-23	5
5 - Juan 12:3	6
6 - Juan 21:15 al 18	6
7 - 1 Juan 5:1 / 1 Juan 4:21	7

Dios quiere unir nuestros corazones a su amado Hijo para que seamos sus amigos. Mi propósito es hablar un poco de esto, amar a Jesús y ser su amigo. ¿Cómo podemos entender esto? Estamos llamados a esta amistad íntima que fue realizada por algunos en los evangelios. El Señor tenía enemigos, pero también tenía amigos. Especialmente en la casa de Betania, porque cuando el Señor habla de Lázaro en [Juan 11:11](#) dice: «Nuestro amigo Lázaro, duerme». Esta familia había entrado en esta amistad con el Hijo de Dios.

1 - ¿Cómo ser amigo de Jesús, cómo amar a Jesús?

Lo primero para amar a Jesús es encontrarlo. Podemos mirar al comienzo del Evangelio según Juan, que son cosas muy sencillas, cómo los primeros discípulos encontraron al Señor y se apegaron a él. Amar es apegarse. Lo vemos también en [Deuteronomio 10:15](#): «Solamente de tus padres se agradó Jehová para amarlos». El amor crea un vínculo muy fuerte. Esto es lo que ocurrió al principio del Evangelio según Juan, en el capítulo 1, donde Juan el bautista, un precursor y testigo muy fiel del Señor, dice en el versículo 29: «He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo», también en el versículo 36. Para amar a Jesús, debemos encontrarlo, hay que descubrirlo, debemos saber quién es, debemos conocerlo. Cantamos este himno: “*Amarte Jesús, conocerte*”. Para amar al Señor debemos conocerlo. Aquí el Señor Jesús es presentado a sus discípulos y presentado a nosotros también. Por supuesto, hay un encuentro inicial en nuestras vidas, un descubrimiento del Señor. Dios nos lo da a conocer a través de su Palabra, pero también a través del testimonio directo de Juan en el pasado. Podemos ocupar el lugar de sus discípulos. Hay un primer encuentro, pero debe renovarse en nuestras vidas. Debemos encontrarnos continuamente con el Señor, redescubrir y profundizar todo lo que conocemos de él, todo lo que Dios nos presenta de él.

Si vemos este primer capítulo de Juan, todo lo que estos discípulos aprendieron del Señor. Podemos ver los diferentes nombres que son dados aquí, los diferentes títulos del Señor. En primer lugar, por supuesto, está «el Cordero de Dios». En el versículo 38 es «Rabí», es el Maestro, el que enseña como nadie enseñó, el que habló como nadie habló. El que nos dio las palabras que escuchó de su Padre; palabras que ningún profeta pudo decir como Jesús las dijo. El Señor nos habló del amor de su Padre por él, y de su amor por el Padre. Nos habló de los motivos profundos que le llevaron a realizar esta obra. El Señor es un Maestro incomparable, no debemos cansarnos de

escucharlo. Y luego está en el versículo 41 «el Mesías», hemos encontrado al Mesías. En el versículo 45 es «Jesús, el hijo de José». En el versículo 49 es «el Hijo de Dios, el Rey de Israel», y luego al final del capítulo es el «Hijo del hombre». Esta es ya una presentación completa de esta maravillosa Persona, a la que nuestros corazones están invitados a aferrarse. No vamos a decir que deben aferrarse, sino que se les invita a hacerlo.

Aferrarnos muy fuertemente a la Persona de su Hijo, aferrarnos por amor. Sabemos que dos personas que se aman mucho, por ejemplo, en el matrimonio, no se les puede separar, están permanentemente unidas. También para nosotros, amar a Jesús, apegarnos a él, ser su amigo, es un absoluto. Esto se encuentra en el primer y más grande mandamiento de la ley, cuando se le pregunta al Señor al respecto, en [Marcos 12:28-30](#) y también en el versículo 33. Pues bien, una vez fue un mandamiento y todos fallamos en él, ninguno de nosotros amó a Dios de esa manera. El Señor amó a Dios con toda su alma, con toda su mente y con todas sus fuerzas. Pero nosotros los hombres, sus criaturas, no, no hemos hecho eso, y es nuestra primera culpa, nuestro primer pecado, de no haber amado realmente a Dios. Ahora sabemos que, aunque no hayamos amado a Dios, Él nos ha amado mucho. El Señor Jesús también nos amó mucho. En la Primera Epístola de Juan se nos dice que Dios nos amó primero. Nosotros le amamos, porque él nos amó primero. Así que tenemos que descubrir este amor, este amor de Dios. Y Dios nos muestra este amor en todas partes en la Palabra, y lo hemos visto en la Persona de su Hijo.

2 - Lucas 7:38

Este es un episodio muy interesante, en el que un fariseo invita al Señor a su casa, y allí llega esta mujer pecadora. Tenía una actitud extraordinaria que el fariseo no entendía. No podía imaginar que una persona públicamente pecadora pudiera cambiar. Y que, con el Señor, ¡todo puede cambiar! Por eso el Señor reprocha al fariseo y le dice en el versículo 47: «Le son perdonados sus muchos pecados, porque amó mucho; pero al que poco se le perdona, poco ama». Para amar a Jesús, debemos haberlo encontrado como Salvador, debo haberlo aceptado como mi Salvador, el que me amó primero. Y ahora sí, puedo amarlo a cambio. Esta mujer dio este testimonio sin palabras, solo con gestos, había recibido al Salvador, al que puede perdonar sus pecados. Vino con una gran carga pública, la puso a los pies del Salvador y podía amarlo. No podemos amar a Jesús si no lo hemos recibido como Salvador, de lo con-

trario nos ponemos de nuevo bajo la ley, donde nos obligamos a amar por nosotros mismos, por nuestra naturaleza pecaminosa; es imposible.

3 - Mateo 6:24

Una pequeña cosa muy práctica, que nos hace pensar. Amar a Dios es un absoluto, y ahora amar a Jesús que nos amó también es un absoluto; no podemos amarlo a medias. El amor a Jesús no puede ser un amor compartido. Hay una competencia despiadada, el Dinero (en griego: Mamón o Mamonás) quería ocupar el lugar, o al menos un pequeño lugar. El Dinero, era el Dios de la riqueza, lo sigue siendo hoy; la preocupación que podemos tener por los bienes materiales, el dinero, nuestra situación, muchas cosas. Hay que expulsar a Mamón, no debe tener un lugar. No podemos amar a Dios y a las riquezas y no podemos amar al Hijo de Dios y a las riquezas. Debemos examinar esto en nuestras vidas, ¿hay alguna competencia, alguien o algo que pueda tomar el amor que debe ser todo para el Señor? Esto también podemos llevarlo al Señor en una confesión, para ser liberados de él.

4 - Juan 14:21-23

Estas son palabras muy directas del Señor. El énfasis aquí está en guardar verdaderamente la Palabra, no solo conocerla, dice el Señor dos veces. La Palabra del Señor es algo que hay que defender. El enemigo quiere anularla, Satanás quiere quitarla, muchos creyentes a lo largo de la historia han soltado partes de esta Palabra, no la han sostenido firmemente. Así que es difícil mantenerla. A menudo pensamos que la mantenemos bien. Analicemos muy bien lo que hacemos, muchos creyentes no la han guardado bien, ¿y yo lo haría mejor que ellos? ¿Yo podría hacerlo, siempre lo he hecho? Guardar la palabra de Jesús es algo difícil, hay que amar al Señor, estar apegado a él. La Persona del Señor es la más importante en mi vida y su Palabra es la más importante, es la verdad absoluta. Son palabras que nunca pasarán. El mundo pasará, las palabras de Jesús se mantendrán, todos verán un día que estas palabras eran verdaderas. Qué pena no haberla recibido, y que los creyentes no la hayan guardado con firmeza. Ejercitémonos para guardar esta Palabra.

Para amar a Jesús hay también una cosa muy sencilla y muy importante: debemos frecuentarlo. ¿Cómo podemos conocer hoy al Hijo de Dios? Podemos invitarle a

nuestra casa, como antes las personas han invitado al Señor a sus casas.

5 - Juan 12:3

El extraordinario testimonio de María de Betania, testimonio de alguien que amó al Señor Jesús, una vez más sin palabras, con un gesto elocuente. Ningún discípulo habría podido hacerlo en ese momento, podría haber mostrado tal apego, tal inteligencia de amor. ¿Cómo es que María pudo hacer esto? ¿Dar este testimonio en ese momento, con ese perfume? Pues bien, María, con su hermana y con Lázaro, había estado mucho con el Señor. Ella estaba a menudo con él. El Señor estaba con frecuencia en Betania, le gustaba ir allí, pero, era invitado y acogido. Era escuchado, se le invocaba cuando tenían problemas. Verá, esta familia frecuentaba al Señor. Es muy sencillo, pero hay que hacerlo todos los días. Frecuentamos a Jesús a través de la oración, hablando simplemente con él, pero realmente, y con regularidad. También frecuentamos a Jesús escuchando su Palabra. No digo que no debemos estudiar la Palabra, pero primero debemos escucharla. Debo preguntarme mientras leo, ¿he oído la voz del Señor? También él quiere conocerme, estar conmigo, encontrarme. Debo dedicar tiempo a esto, de lo contrario este encuentro no puede tener éxito, y mi amor por el Señor tampoco puede crecer.

6 - Juan 21:15 al 18

Jesús se encuentra con su discípulo Pedro. Pedro era un discípulo que amaba mucho al Señor, eso es seguro. A veces es fácil decir de alguien: ama al Señor, pero también hay esto y aquello... Dejemos hablar al Señor. Me hace la pregunta: ¿Me amas? Se la había hecho a Pedro. Se había avanzado, como sabemos, muy seguro de sí mismo. ¿Qué nos enseña este pasaje? Es cierto que debemos tener un amor ardiente por el Señor. Sabemos que, en el Apocalipsis, a Éfeso, se le reprocha haber perdido su primer amor. El primer amor es un amor de compromiso, es un amor ardiente y exclusivo. No puede soportar nada más, es un amor que se dirige completamente a una persona. Este primer amor nos lo dio el Señor cuando nos encontró. Debemos retenerlo, y para retenerlo debemos cultivarlo. Pedro tenía un amor ardiente, pero no tenía un amor humilde. Estaba muy seguro de sí mismo, y eso le hizo caer. Ahora el Señor está aquí para terminar de levantar a Pedro y confiarle misiones. La primera

pregunta es realmente mordaz: «¿Me amas más que estos?». El amor del Señor no es un amor que se compare con el de los demás. Ni siquiera tenemos que hablar de los demás, eso lo hace el Señor, y mucho menos compararnos con ellos. Pedro lo había hecho, pero también nos puede pasar a nosotros. El Señor dice, ahora no vamos a mirar a los demás, te vamos a mirar a ti, a ti Pedro. Sabemos que Pedro inclinó la cabeza, dijo: «Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero». El Señor ha profundizado esto para bien establecerlo en el corazón de Pedro.

Necesitamos al Señor para llegar lejos en el amor. El Señor sabe hasta dónde podemos llegar por Él por amor, nosotros no. Puede decirle a Pedro que un día dará su vida por Él, pero es él quien lo sabe y es él quien le ayudará entonces. Un amor ardiente y humilde, modesto. Siempre es bueno ponerse directamente ante el Señor. Y entonces surge una oración, que es otra cosa: “Señor, ayúdame a amarte más”. Hay hermosos himnos sobre este tema, uno en alemán: “Quisiera amarte más”.

7 - 1 Juan 5:1 / 1 Juan 4:21

Juan estaba realmente en la escuela de amor del Señor, aprendió mucho. Transmitió el mandamiento del Señor, de que nos amemos unos a otros. El amor de Jesús nos lleva a amar a nuestros hermanos de la misma manera: con ardor y humildad, porque nunca podremos amarlos lo suficiente y en muchos aspectos nos quedamos cortos en este amor. Pero va de la mano del amor de Dios y del Señor Jesús. No podemos amar a los demás cuando no estamos en la intimidad del Señor, en esta verdadera amistad. Porque cuando amamos a Aquel que engendró a nuestros hermanos y hermanas, como nos engendró a nosotros, entonces amamos al que es engendrado por él.